

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

¡TRABAJADORES, Á LAS URNAS!

Como siempre que se aproximan elecciones legislativas, el Partido Socialista, consecuente en su línea de conducta y cada vez más convencido de que por medio de la acción política la clase trabajadora ha de alcanzar su completa redención, se dirige á vosotros para invitaros á que, haciendo uso de la papeleta electoral, llevéis al sitio donde se hacen las leyes representantes de nuestra preterida y menospreciada clase.

Al haceros esta invitación ya sabemos, los que en el Partido Socialista militamos, que tenemos que luchar con la indiferencia de unos y con la repugnancia de otros á tomar parte en una lucha desacreditada por los Gobiernos con sus inicuos y descarados atropellos y por los capitalistas con la presión de su influencia social unas veces y con la escandalosa compra de votos otras, y á deshacer el error que tal conducta supone han de ir encaminados nuestros primeros razonamientos.

Cierto que el sufragio universal ha caído en el más espantoso descrédito por la burda comedia que en todas las elecciones se viene representando; pero cierto también que el principal responsable de que esto suceda lo es el cuerpo electoral.

Es una candidez suponer que aquellos que no tienen interés en que la clase trabajadora obtenga del derecho electoral los beneficios que puede reportarle, vayan á velar por la pureza del sufragio. Es ésto una conquista de la democracia que la clase capitalista, la clase detentadora de los medios de producción, no pudo tener inconveniente en admitir mientras supuso que sus esclavos, al hacer uso de ella, habían de seguir siendo comparsas de los partidos en que la burguesía se divide; mas desde el momento en que el proletariado, levantando bandera de clase, se aprestaba, con muy buen acuerdo, á hacer de ese derecho político arma para alcanzar mejoras de inmediata realización primero, y su total emancipación más tarde, la burguesía, nuestra eterna enemiga, y sus representantes los Gobiernos, lejos de tener interés en afianzar aquel derecho, y sin valor bastante para suprimirlo, sólo podían estar interesados en su descrédito.

Somos nosotros, los trabajadores, quienes, convencidos de lo que esa arma vale en nuestras manos, debemos velar por que no se oxide, manejándola siempre que para ello se presente ocasión.

Y que el derecho electoral es un arma de inapreciable valor, ¿quien podrá negarlo? Merced á

ella, la clase trabajadora arrancará á sus enemigos concesiones que de otro modo le es imposible obtener; merced á ella, sus quejas y sus agravios podrán ser expuestos desde una tribuna donde forzosamente han de ser oídos; merced á ella, dejará de ser un conjunto de parias para convertirse en potente ejército disciplinado que adquiera las condiciones indispensables para realizar la gran obra de la transformación social.

No vale decir que á los trabajadores no les importa la política. ¡Pues qué! ¿puede seros indiferente la intervención en la cosa pública? Sobre vosotros gravitan todos los impuestos, pues vosotros sois quienes realmente los pagáis; vosotros vais á morir en las guerras provocadas por la torpeza y por la codicia de los capitalistas, mientras éstos se quedan en sus casas cobrando el cupón; vosotros sufrís las consecuencias de la paralización de la industria viendo mermados vuestros escasos salarios, cuando no os veis sujetos á paros forzosos y prolongados que os lanzan á la mendicidad ó al suicidio; cuando, herida vuestra dignidad de hombres, abandonáis el taller ó la fábrica, se os apalea; cuando reclamáis el aumento de un miserable real en vuestro mezquino salario, se os encarcela; cuando pedís pan, se os envía Guardia civil. Y cuando la ley pone en vuestras manos una papeleta electoral que os da el derecho de protestar contra tanta injusticia y de contribuir á que tanta iniquidad tenga fin, ¿seréis tan insensatos que despreciéis ese derecho, que tan poco cuesta ejercitarlo?

A los indiferentes, á los apáticos, que es á quienes van dirigidas las anteriores líneas, les preguntamos si se creen con derecho á quejarse del mal los que, teniendo en su mano el remedio, no lo ponen en práctica.

Otro error tenemos que combatir. Nos referimos á los que predicán la abstención electoral. Fúndanse éstos en que los Comicios, por los motivos que hemos expuesto antes, son una cloaca y que al acudir á ellos se corre el riesgo de llenarse de inmundicia. Cierto; mas por eso mismo, y aun corriendo dicho riesgo, es deber del que desea desinfectar una atmósfera que amenaza ahogarnos, acudir al foco infeccioso para sanearlo. Cloacas son las alcantarillas, y los obreros que bajan á limpiarlas realizan un trabajo meritorio de higienización.

Queremos suponer que los que aconsejan el retraimiento proceden de buena fe; pero es llegada la hora de preguntarnos cuál es el resultado positivo de semejante conducta. ¿Que las fuerzas que se distraen en la lucha legal pueden emplearse en preparar la revolución? Aparte de que las revoluciones se hacen y no se anuncian, ¿qué revolución vais á hacer? ¿Una revolución que cambie la forma de Gobierno? No satisface, no puede satisfacer ya al pueblo una revolución de tan mezquinas aspiraciones. ¿Pensáis contar con el concurso del Ejército? ¡Valiente revolución sería la que saliera de las cuadras de los cuarteles!

En cambio, con la política del retraimiento se deja el campo libre á los adversarios y se lleva á la masa obrera al escepticismo y á la indiferencia.

Va hoy, como siempre, el Partido Socialista á la lucha electoral con bandera desplegada, oponiendo su programa de completa transformación social á los anodinos programas de los partidos que se llaman avanzados dentro del campo burgués.

A la altura que el problema social ha llegado en España, como en los demás países, no puede la clase trabajadora perder el tiempo en disquisiciones de un orden puramente político: el problema es económico, y no se resuelve cambiando el nombre de las cosas.

Además, ¿qué garantías de éxito pueden ofrecer á la clase trabajadora los partidos republicanos, cada vez más divididos, más corroidos por el personalismo y por la ambición de sus principales hombres? ¿Qué confianza puede tener el pueblo trabajador en jóvenes vanidosos que abandonan un partido y rompen una disciplina predicando la revolución á todo trance, para luego cometer la inconsecuencia de acudir á la lucha legal? ¿Qué ejemplos de desinterés y de seriedad política pueden dar quienes hacen y deshacen coaliciones, defendiendo hoy la lucha electoral, mañana la lucha armada, y otro día los dos procedimientos? ¿Quiénes un día jalean á Romero Robledo y otro halagan al primer general que les sale al paso, aunque sea de los que más se hayan distinguido por su crueldad en la guerra y por sus opiniones reaccionarias?

No pueden, pues, los trabajadores continuar por más tiempo prestando su concurso á un partido que, sobre no satisfacer sus legítimas aspiraciones, porque á ello se opone su carácter de defensor de los intereses capitalistas, se halla cada vez más desorientado en su marcha política, y cada vez, por tanto, más alejado del Poder.

El Partido Socialista Obrero, que no es exclusivista, como maliciosamente se ha querido hacer creer; que llama obrero á todo el que contribuye á la producción, sin diferencias de indumentaria; que considera explotado y víctima de la rapiña capitalista lo mismo al que baja al fondo de la mina que al que se dedica al trabajo de escritorio, lo mismo al que no dispone más que de su fuerza muscular que al que posee un título académico que sólo le sirve para ocultar su miseria; el Partido Socialista, decimos, es el único donde tienen su puesto de combate todos los oprimidos, todos los esclavizados por la ley de bronce del salario y todos

los hombres de corazón sano y de conciencia limpia que ansien el reinado de la paz y de la fraternidad universal.

Es, por consiguiente, un deber de todos, obreros manuales é intelectuales, contribuir con sus sufragios al triunfo de los representantes del ideal socialista para que éste penetre y se haga oír en el templo del capitalismo.

Trabajadores: somos los más y—¿por qué no decirlo?—somos los mejores, pues que nuestra clase es la más sana, la más honrada y la más dispuesta siempre á la abnegación y al sacrificio, y, sin embargo, se legisla sin nuestro concurso, se dictan leyes sin nuestra anuencia, nuestros intereses no son tenidos en cuenta, nuestras quejas no son escuchadas, nuestros sufrimientos y nuestras miserias son considerados por la clase capitalista como un mal necesario é irremediable. La ley pone en nuestras manos una papeleta electoral, que tiene más eficacia que un fusil: empleémosla en hacer nuestra propia política, la política de la clase obrera, y habremos dado un gran paso en el camino de nuestra redención.

El uso del derecho del sufragio es un acto revolucionario, el único acto revolucionario que hoy puede realizar el proletariado. Merced á él es fuerte y potente el Partido Socialista alemán, el francés, el belga. Merced á él va abriéndose paso en todas las naciones la clase trabajadora, y arrancando á la burguesía concesiones que jamás otorgará graciosamente.

Necesitáis que estén garantidos el derecho de reunión y de asociación, sujetos hoy al capricho de cualquier gobernador adocenado; necesitáis leyes que limiten la excesiva jornada de trabajo, que reglamenten el de la mujer y el niño, que vigilen la higiene y la seguridad de las fábricas y de los talleres, que exijan responsabilidad criminal y pecuniaria á los causantes de los accidentes en el trabajo, que disminuyan los impuestos que gravan los artículos de primera necesidad, que reconozcan el derecho de coalición, que hoy sólo se tolera á los burgueses; en una palabra, necesitáis una legislación protectora del trabajo, que sólo obtendréis cuando el enemigo os vea con fuerza suficiente para alcanzarla.

¡A demostrar esa fuerza votando la candidatura socialista!

EL COMITÉ LOCAL.

Madrid, 20 de marzo de 1898.

CANDIDATURA SOCIALISTA

Jaime Vera y López.

Pablo Iglesias Posse.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. A. Herrero,
Platería de Martínez, 1.